

que la probabilidad de acertar en la verdadera combinacion estará expresada por este quebrado  $1/479001600$ , cantidad tan pequeña que en ella no se podría fundar ninguna conjetura razonable; por manera que quien apostase que no saldria la combinacion deseada, tendria 479001600 veces mas de probabilidad en su favor, que quien apostase que saldria. Y fuera de temer que se estuviese haciendo la prueba por los siglos de los siglos sin obtenerse el resultado apetecido.

Hasta aquí hemos supuesto que la colocacion de los cuerpos fuese en una línea recta sin relacion á ningun espacio ni plano, lo que simplificaba mucho el problema: pero como es evidente que los cuerpos no están en disposicion semejante, veamos ahora las nuevas complicaciones que consigo traerian las otras condiciones que necesariamente van envueltas en la cuestion. Para proceder gradualmente, supondremos todavía que los doce cuerpos se hallan en una línea recta, pero de manera que esta línea despues de ordenados en ella los cuerpos, ha de tener una posicion determinada en el mismo plano. Entonces la dificultad de dar por casualidad en la verdadera posicion, crece hasta un punto á que la imaginacion no alcanza. Demostracion. Si suponemos que los cuerpos están en un plano elíptico, y que el extremo de la recta en que se hallan los cuerpos se confunde con el centro de la elipse, es evidente que tomando dicha recta como radio se la podrá hacer girar en torno, obteniendo infinidad de posiciones diferentes, medidas por el ángulo que formará la recta con uno cualquiera de los ejes de la elipse. Y como además es evidente que podremos tomar por centro del movimiento de rotacion uno cualquiera de los puntos del eje mayor ó menor ú otro de los infinitos que se contienen dentro la superficie encerrada en la curva, tendremos que para encontrar al acaso una posicion determinada, deberiamos divagar entre una infinidad de combinaciones de las que fuera imposible salir. Si pues la probabilidad venia antes expresada por un quebrado tan insignificante como

$1/479001600$ , entonces lo sería por una cantidad infinitamente menor. La razon es clara: el caso favorable fuera uno, es decir una posicion determinada, y por tanto el numerador del quebrado fuera el mismo; y como la totalidad de los casos posibles sería tanto mayor cuanto serian las posiciones posibles de la línea en el plano, resultaria que habríamos de multiplicar el denominador por una série de cantidades infinitamente grandes: lo que daria un quebrado infinitamente pequeño; ó bien una cantidad igual á cero.

Todavía mas: aquí suponemos los cuerpos colocados en una línea recta, es así que no lo están; luego se añaden las dificultades que consigo trae el acertar en el polígono que ha de resultar de la union de los puntos en los que pueden suponerse colocados respectivamente los cuerpos. Agréguese á todo esto, que los cuerpos no están en un mismo plano sino en el espacio, y la imaginacion se pierde en calcular lo difícil del acierto. En efecto: sobre la dificultad de la línea y del plano, vienen entonces las infinitas posiciones que así el plano como la línea pueden ocupar en el espacio. Para concebirlo, imaginemos que el plano gira al rededor de una recta; es evidente que las posiciones que puede tomar son infinitas, pues son tantas cuantos son los ángulos que es dable hacerle formar con otro plano que se halle fijo, los que son infinitos. Considérese entonces que la recta que serviria de eje de rotacion puede estar colocada tambien en infinitas posiciones, y resultará una série de nuevos factores, por los cuales multiplicado el denominador del quebrado que ya lo teniamos infinitamente pequeño, si cabe disminuirá todavía.

Hé aquí reducida á cálculo riguroso la misma verdad que á todos los hombres está dictando el sentido comun; hé aquí la razon porque al proponerse semejantes efectos de la casualidad á un hombre sano de juicio, exclama desde luego, sin reflexionar: imposible! absurdo! Y es que el Criador nos ha otorgado la intuicion de ciertas verdades, no queriendo que hubiésemos menester el andarlas bus-

cando por medio de dilatados raciocinios. Sin embargo, ¡dolor causa el decirlo! todavía es necesario insistir en probar lo que el Autor de la naturaleza ha querido que viésemos y sintiésemos como una iluminacion instantánea; todavía hay quien hace fuerza á su propia razon, á los sentimientos mas íntimos, para hacerlos deponer contra la existencia del que se los ha otorgado.

Para completar la demostracion precedente, la presentaremos de manera que sin mediar esfuerzo de razon ni de imaginacion, alcancen á comprenderla las inteligencias mas limitadas. Supóngase un vasto campo donde se hallen colocados doce blancos con su numeracion respectiva, y que allí son llevados de la mano doce tiradores con los ojos vendados, teniendo cada uno su número correspondiente á uno de los blancos. ¿No sería el mayor de los despropósitos el creer posible que disparando todos á la ventura, el tiro de cada cual fuese á dar por casualidad en el número que le corresponde? ¿quién no ve que es mas que probable que repitiendo los disparos por espacio de siglos no se llegaria á obtener que cabalmente á un mismo tiempo, el tirador de número 1 acertase en su blanco de número 1, el de 2 en el número 2, y así sucesivamente? Reflexiónese ahora que no se trata de un campo de algunos centenares de varas, sino de un espacio de millones de leguas, y dedúzcase la imposibilidad de arreglar en él doce cuerpos en una combinacion determinada, sin mas auxilio que el ciego *acaso*.

Las observaciones presentadas hasta aquí, bastan y sobran para demostrar lo que nos hemos propuesto; sin embargo todavía queremos llevar á mas alto punto la evidencia de la verdad. Toda la fuerza del argumento presentado estribaba en que se hubiese de encontrar en el espacio una determinada combinacion de doce cuerpos, siquiera por un solo instante, y sin que se supiese que habian de continuar en la misma, ó bien en un movimiento arreglado sometido á reglas fijas, lo que ciertamente es todavía mas difícil de alcanzarse por una simple casualidad.

Dando pues que la deseada combinacion se encontrase, entonces preguntaremos: ¿por qué los cuerpos habian de continuar en ella, y lo que es aun mas admirable, prosiguiendo en un movimiento perenne, sin desviarse jamás de una ley fija y constante? ¿Al acaso, al ciego acaso, á esa palabra que nada significa, deberán atribuirse tambien las admirables leyes que rigen el movimiento del universo? En viendo una combinacion por ligera que sea, un artefacto por sencillo que se presente, preguntamos instintivamente, sin reflexionar: ¿quién lo ha hecho? ¿quién lo ha inventado? La casualidad no se ofrece siquiera á nuestra mente como un recurso para explicar la causa del artefacto; porque la casualidad es nada, y la nada no produce nada. Donde hay un ser hay razon suficiente de su existencia, donde hay artefacto hay artífice, donde hay combinacion hay inteligencia.

¡Casualidad, un mundo donde se descubren por todas partes cálculo y geometría! ¡Casualidad, unos movimientos sujetos á la ley de la razon directa de las masas, é inversa del cuadrado de las distancias! ¡Casualidad, las revoluciones de los planetas, describiendo los radios sectores áreas proporcionales á los tiempos! ¡Casualidad, el que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas sean entre sí como los cubos de los ejes mayores de sus órbitas! Asómbranos la vista de un *planetario* en que el ingenio del hombre haya llegado á representar el movimiento de un sistema; ¿y no reconoceremos inteligencia, no veremos la mano de la sabiduría infinita al levantar los ojos al planetario real y verdadero, con sus cuerpos de colosales dimensiones, recorriendo órbitas inmensas, con velocidad inconcebible, con precision rigurosa?

Acabamos de ver que el solo arreglo del sistema planetario es un palpable absurdo, si se le encomienda á la casualidad: y sin embargo este sistema con todo su grandor, es nada comparado con el universo. Las estrellas fijas observadas hasta el presente no bajan de *cien millones*; y pa-

ra formarse alguna idea de esta inmensidad basta recordar que segun los cálculos astronómicos, distan de nosotros lo que la imaginacion no puede concebir. Observadas con telescopios que aumentan hasta 200 veces el tamaño del objeto, no se nota diferencia en su magnitud, y solo se presentan como puntos luminosos: ¿cuánta no será una distancia sobre la cual nada significa el que se la haga doscientas veces menor? ¿Qué serán aquellos cuerpos? ¿serán centros de otros tantos sistemas planetarios semejantes al en que vivimos? ¿Qué habrá en aquellas regiones en que los soles son á nuestros ojos y á nuestros instrumentos, puntos casi invisibles, donde las distancias de millones de leguas se convierten en espacios de pocas pulgadas? El entendimiento se abruma bajo el peso de tanta inmensidad: la imaginacion se fatiga, y el espíritu se abate y anonada bajo la omnipotencia del Autor de tantas maravillas.—*J. B.*

---

CARTA SÉPTIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

---

Mi estimado amigo: mucho me complace lo que V. se sirve insinuarme en su última de que si bien mis reflexiones no han podido decidirle todavía á salir de esa postracion de espíritu que se llama *escepticismo*, al menos han logrado convencerle de un hecho que V. consideraba poco menos que imposible; esto es, que fuese dable aliar la fe católica con la indulgente y compasiva tolerancia con respecto á los que profesan otra diferente, ó no tienen ninguna. Bien se conoce que V., á pesar de haber sido educado en el catolicismo, se ha dejado imbuir demasiado en las preocupaciones de los impíos y de algunos protestantes, que se han empeñado en pintarnos como furias salidas del averno que únicamente respiramos fuego y sangre. V. me da las gracias porque «sufro con paciente calma las

dudas, la incertidumbre, las variaciones de su espíritu:» en esto no hago mas que cumplir con mi deber, obrando conforme á lo que prescribe nuestra sacrosanta religion; la cual da tan alta importancia á la salvacion de una alma, que si toda una vida se consagrare á la conversion de una sola, y esto se consiguiese, deberian tenerse por bien empleados los trabajos mas penosos.

Mis profundas convicciones, ó hablando mas cristianamente, la gracia del Señor, me tienen firmemente adherido á la fe católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas, y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira una viva compasion, porque desgraciadamente son muchas, en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir á la pérdida de la fe; y así es que al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo *non sum sicut unus ex istis*, «no soy como uno de estos.» El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia que Dios le dispensa, conservándole adherido á la religion católica, léjos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazon á Dios, exclamando de todas veras: *Domine, propitius esto mihi peccatori*: «Señor, tened misericordia de este pecador.»

Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fe es un don de Dios, y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religion, sino que además de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; á mas de los argumentos dirigidos al entendimiento, es menester una *pia mocion de la voluntad, pia motio voluntatis*; y confieso ingenuamente, que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fué necesario dejar aquellas mansiones donde no se respiraba sino fe, y hallarme en situaciones muy variadas y en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza, cuán grande es el beneficio que dis-

pensa Dios á los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe solo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad; solo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres, que á mi parecer, veían como yo las razones que militan en favor de nuestra religion; y sin embargo yo creía, y ellos nó; ¿de dónde esto? me preguntaba á mí mismo: y no sabia darme otra razon, sino exclamar: *miser cordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá V., mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogerme de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causaran si no hubiese tenido á la vista las reflexiones que preceden; bien que de paso me permitirá V. que no apruebe la dura invectiva á que se abandona contra las personas intolerantes. ¿Sabe V. que en sus palabras se hace culpable de intolerancia? y que un hombre no llega á ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos por Dios de buena fe, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace V. el favor de decirme que «ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo para no imitar el ejemplo de aquellas personas que no pueden suportar la menor palabra contra su fe, y que constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino á mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia ó poca cautela de franquearles su espíritu.» Refiéreme V. la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguía á V. con particulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber que trataba con un incrédulo que fué preciso cortar toda clase de relaciones. Paréceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de V. encuentro yo la apología de la persona á quien tanto V. inculpa; y á los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña

semejante conducta. «Era, dice V. mismo, un jóven de conducta irreprochable, de costumbres severas, de un celo ardiente; pero tenia la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecia posible que circularan en el mundo otras doctrinas, que las que se le habian enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia de responder con una burlona sonrisa á una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinion.» Y bien, V. se queja en sustancia, de que aquel jóven no tuviese hábitos de tolerancia; ¿dónde queria V. que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podia estar dispuesto para el ataque, que contra sus creencias se permitió su contrincante, con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad á un hombre que quizás por primera vez mira combatido ó despreciado lo que él considera como mas santo y augusto?

Es grave desacuerdo y además una solemne injusticia, el inculpar la conducta de quien guiado por un entendimiento convencido y un corazon recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educacion é instruccion que ha recibido, y las circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y á ellas es preciso atender cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situacion en que se encuentra, y el sendero que probablemente haya de seguir. Lo demás es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿Pretenderia V. que un misionero encanecido en su santa carrera, tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿no fuera esta una pretension extraña? es cierto que sí; pues no menos lo sería el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apostólicos en lejanos y variados países.

\*Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo, saber colocarse en el puesto de los otros, haciéndose cargo de las razones que los impelen á pensar ú obrar de esta ó aquella manera; y es mucho mas difícil en materias religiosas, refiriéndose estas á lo que hay de mas íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseidos de una idea, se nos hace inconcebible que los demás puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo mas importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo, no hay asunto que mas á propósito sea para exaltar el ánimo; y es de aquí que las guerras que se han hecho á título de religion, han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetrasen los que á roso y veloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia; pues que de esta suerte no sucediera tan á menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne á la religion, no quieran sufrir la intolerancia con que á su vez les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá V., mi querido amigo, que no deseo yo prevalerme de estas reflexiones para mostrarme intolerante; pues que si me he extendido algun tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvanecer la prevencion con que por algunos es mirada la intolerancia de ciertas gentes, resultando que se estiman en menos personas por otra parte muy dignas de aprecio.

Me habla V. de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas, y habiendo sido tan diferente nuestro tenor de vida: es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo por lo que á mi toca no alcanzo á verla. ¿Creería V. que hasta llevo á comprender muy bien esa situacion de espíritu en que se fluctua entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperacion por la impotencia de encontrarla? Imaginanse algunos que la fe está reñida con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu, y que es imposi-

ble creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras, que humillan su entendimiento en obsequio de la fe con la misma docilidad que hacerlo puede el mas sencillo de los fieles, y que sin embargo comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten por decirlo así á sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusion el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza á comprender un cierto orden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarían los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente; y cuando no se llega á sentir, hay la imaginacion que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer á este propósito las tentaciones, materia que si á V. no le parece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicacion. Leemos en las vidas de los Santos, que Dios permitia que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios á las virtudes que ellos con mas ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo, y culpables de los mismos pecados que mas detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacia concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que á su fantasía se presentaban los objetos malos que á pesar de la aversion que les profesaban, se los hacian tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarían aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenagado en los mismos vicios. Esto que allá, en los primeros años de su edad, habrá V. leído en alguno de aquellos libros que no debían escasear en el colegio, le hará conocer cómo nosotros que ni por asomo podemos lisonjearnos de santos, habremos sentido una y mil veces

germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad; y que siendo una de estas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado á las puertas de nuestra alma como huésped de mal agüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y ayudado de los auxilios de la gracia, desafia á todas las potestades del infierno á que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol S. Pedro: «anda dando vueltas el diablo como leon rugiente buscando á quien devorar.» Créalo V., mi estimado amigo: *resistiéndole fuertemente con la fe*, no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos, es poco menos que imposible que esto no suceda á los hombres que por una ú otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversacion algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas, y que á primera vista parece que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado á sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ojeada sobre la falta de fe que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado, y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. Angustiosos instantes en que el corazon se inunda de cruel amargura, en que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu agobiado por el acia-go fantasma que le abrumba, no sabe á dónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo, y clamar: *Domine, salva nos, perimus.* « Señor, salvadnos, que perecemos.»

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y

hace mas meritoria la fe de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religion, sino que es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestion de ciencia, y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe V., mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene á la mano algun incrédulo en cuya conversion se proponga trabajar? Cree V. sin duda que se han de revolver los apologistas de la religion, recorrer los apuntes propios sobre las materias mas graves, consultar sabios de primer orden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene en verdad, no descuidar el prevenirse para lo que en la discusion se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame V., ¿quién ha hecho mas conversiones, los sabios, ó los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue á la Historia de las variaciones de Bossuet; y yo dudo sin embargo que las conversiones á que esta obra dió lugar, á pesar de ser tantas, alcancen ni de mucho á las que se debieron á la angélica uncion del santo Obispo de Ginebra.

Por ahí puede V. conocer, mi querido amigo, que no las há con lo que suele llamarse un disputador, ni un ergotista; y que por mas que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad, de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre, de que es vano confiar en la ciencia sola, y que algo mas que ella se necesita para conservar y restaurar la fe.

Pedia V. tolerancia y tolerancia le ofrezco, la mas amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arredra-ba V. por la dificultad que habia de mediar en entendernos; y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figu-

re V. en adelante que le haya yo de salir al paso con lo que apellida, *argumentos valederos para personas ya convencidas, y sutilezas de escuela*. Si V. pues se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver á la religion que comienza á echar menos, á los pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin pretender ninguna palma si quedare V. satisfecho, ni darme por abochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religion, que solo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la mala fe, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que si bien han tenido la desgracia de perder la fe, desean no obstante volver á ella, y buscan de corazon los motivos que puedan conducirlos á la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insostenible abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que, segun nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir, es sacar á plaza el orgullo, es decir, el enemigo declarado de todo bien, y el mas grave obstáculo para que puedan aprovecharse las mas felices disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de aquel que dijo: «*hágase la luz, y la luz fué hecha.*» Bien comprenderá V. que no por esto desprecio la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que V. se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad*; es una flaqueza, una pos-

tracion de espíritu, que desaparecerá el dia que al Señor le pluguiere decir al *paralítico*: «*Levántate, y camina por el sendero de la verdad.*»

Entretanto yo oraré por V.; y si bien el estado de su espíritu no es muy á propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré á decirle, que ore V.; que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió á pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, ¡oh pensamiento de horror! quizás pensará V. ¿cómo puedo llamar á Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única conviccion, y no estoy bien seguro ni de su existencia?.... No importa: haga V. un esfuerzo para invocarle; él se le aparecerá, yo se lo aseguro: imite V. al hombre que habiendo caido en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oírle persona humana, esfuerza no obstante la voz clamando auxilio. Cuente V. con el entrañable afecto y la consideracion de este S. S. S. Q. B. S. M. — J. B.

---